

*"Un Gran Secreto, Y
Un Principio Básico
Del Evangelio:
Una Vida De
Comunión
Con El Hijo."*

© 2019 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio –gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: marzo 2019

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010319-036

**“Un Gran Secreto, Y Un Principio
Básico Del Evangelio:
Una Vida De Comunión
Con El Hijo.”**

¿Cuándo sucedió la más grande y maravillosa visitación de Dios al hombre? Si analizamos la historia del hombre, desde Adán hasta nuestros días, basándonos en la Biblia, podemos decir que no ha habido visitación de Dios más gloriosa que la que sucedió en Belén. Si buscamos en todo el Antiguo Testamento, jamás compararemos las visitas que Dios le hizo a algunos hombres, como lo que dice *Mateo 1:23* “*He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros*”. ¿Hubo

S

E

M

A

N

A

—

1

—

en los tiempos antiguos alguna visitación como ésta? Ciertamente, Dios visitó a Abraham, visitó a Moisés en el Sinaí, y fue muy impresionante; Dios también partió las aguas del mar rojo para que los hijos de Israel pasaran en seco, y también fue algo maravilloso. Pero según La Escritura, la visitación más grande que ha sucedido es cuando el Dios increado, el Verbo eterno se hizo carne y vino a nacer como un mortal más entre los hombres. Ese día se abrieron los cielos y se escucharon millares de millares de ángeles cantando: *“Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz para los hombres que desean hacer su voluntad”*, la divinidad nació en un pesebre como un hombre entre los hombres y este ser se llamó: “Emanuel”, que traducido es: *“Dios con nosotros”* ¡Aleluya!. Leamos lo que dicen los siguientes versos:

Juan 1:14 “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. La gloria de Dios vino al mundo, pero vino en carne, solo así era posible que los hombres viéramos Su gloria. Si Dios no se hubiera envuelto en un cuerpo humano hubiera sido imposible verlo. Ningún hombre puede ver a Dios y seguir viviendo, Su gloria es tan grande que cualquier mortal moriría al verle.

Dice también 1 Juan 1:1 “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida. v:2 (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); v:3 lo que hemos visto y oído, eso

os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”.

El evangelio del Señor Jesucristo se basa estrictamente en Su persona manifiesta. El Evangelio no es el anuncio de Dios, sino es el anuncio del “hombre-Dios”. El evangelio empezó con nuestro Dios habitando en carne, y tal experiencia hizo posible que Su Plan se llevara a cabo entre los hombres.

Miremos algunas cosas muy particulares que sucedieron cuando Jesús nació en Belén. Cuando el Señor vino al mundo, en los días de su nacimiento, quedó registrado que un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte

antes que viese al Ungido del Señor. Cuando este hombre vio al niño Jesús en el Templo, le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: *“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos...”*; Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él (*Lucas 2:25-33*).

También quedó registrado, que cuando Jesús nació en Belén de Judea, en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: *“¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle”*. Cuando ellos llegaron a Belén, la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que se detuvo sobre donde estaba el niño. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su

madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra (*Mateo 2:1-12*).

De igual manera, dice la Biblia que había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Y se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: *“No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor”*. Y les dijo que hallarían al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: *“¡Gloria a Dios en las*

alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:8–20).

Fue notorio, entonces, que el Padre no sólo hizo el milagro de enviar al Verbo, sino también de presentarlo al mundo como un hombre-Dios. Estas personas que encontraron a Jesús se dieron cuenta que, aunque lo que estaban viendo era un niño envuelto en pañales, a la vez era Dios mismo. Para Dios Padre, esto fue lo más grande que pudo darle a la humanidad.

Años más tarde, cuando el Señor inició Su ministerio, de igual manera hubieron muchas más personas que lo vieron, lo oyeron, estuvieron con Él, y aún más, lo siguieron todo el tiempo. Dice Juan 1:35 *“El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. v:36 Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. v:37 Le oyeron hablar*

los dos discípulos, y siguieron a Jesús. v:38 Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? v:39 Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima”.

Recordemos que cuando el Señor se manifestó en Israel para ser bautizado por Juan el Bautista, en el Jordán, los cielos se abrieron, y el mismo Espíritu Santo descendió en forma de paloma sobre Él. Desde ese momento en adelante, en el ministerio del Señor, sucedieron cosas muy maravillosas. La aparición del Señor en el río Jordán fue algo muy especial y significativo, desde ahí Él empezó a desarrollar Su ministerio. La Biblia dice que al siguiente día de haberse bautizado, estaba Juan con dos de sus

discípulos, y mirando a Jesús que andaba por allí, les dijo: “*He aquí el Cordero de Dios*”. Los dos discípulos: Andrés y Pedro, cuando le oyeron hablar, siguieron a Jesús. De hecho, después que Judas se ahorcó, los apóstoles tuvieron que buscar a alguien que lo reemplazara, pero el requisito que ellos pusieron para ser el sucesor de Judas, era que tal persona hubiera estado todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre ellos, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue recibido arriba. (*Hechos 1:21-22*). Así fue como escogieron a dos discípulos, y de entre ellos, la suerte cayó sobre uno llamado Matías. Los doce apóstoles tuvieron el sello de haber estado con el Señor durante los tres y medio años de Su ministerio. De esa manera hubieron muchos discípulos que siguieron al

Señor, y aunque no fueron parte del grupo de los doce, lo siguieron desde que Él apareció en el Jordán hasta que ascendió al cielo.

En los cuatro Evangelios podemos ver cómo el Señor se ocupó de tener comunión con los hombres. Un factor determinante en el ministerio del Señor consistió en que las personas lo vieran, estuvieran con Él, y le siguieran. Hubo muchos que le siguieron de diferentes formas, algunos lo seguían en secreto, tal fue el caso de Nicodemo y José de Arimatea. Otro grupo que lo siguió fue el de los setenta (Lucas 10:1-17); también en el Aposento Alto se quedó un grupo como de ciento veinte personas (Hechos 1:15); así mismo hubo mujeres que lo siguieron (Mateo 27:55). En fin, el Señor siempre estuvo rodeado de muchas personas a las cuales discipuló de una ú otra forma. El Señor fue

S

E

M

A

N

A

—

2

—

capaz de comer hasta con un sinvergüenza como Zaqueo, pero como él anhelaba estar con el Señor, Él no se lo impidió. La gente no sólo quiso ver al Señor de lejos, sino que se acercaron a Él para estar con Él y para seguirlo. Así de amplia fue la visitación de Dios a los hombres, Jesús fue Dios mismo habitando en carne en el mundo.

Dice Marcos 3:14 *“Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”*. Un gran principio del Evangelio es estar en comunión con el Señor. Dios quiere avivar Su obra en nosotros, quiere que crezcamos, que establezcamos Iglesias, que prediquemos Su palabra, pero primeramente quiere que estemos en comunión con Él. Hermanos, ciertamente, Dios quiere extender Su obra en la tierra, Él está preparando día con día el terreno, está despertando a

muchos para que tengan el valor de dejar atrás los rudimentos de la religión evangélica, y así poder edificarse como una Iglesia orgánica. Se nos acercan buenos tiempos, tal como dijo el Señor Jesús en *Juan 4:35* “*He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega...*”. Dios nos está dando una gloriosa oportunidad para servirle, pero debemos aprender que el principio de lo orgánico reside en estar con Él. El Evangelio no sólo se trata de ser enviados a predicar, ni de multiplicarnos, sino aprender primeramente a estar con Él. En aquel tiempo que el Señor estuvo sobre la tierra, los que lo vieron, y lo lograron distinguir como un Dios envuelto en carne, fueron muy privilegiados. Hubieron muchos que lo vieron, pero no lo reconocieron como Dios. Hombres, tales como Pilato, Caifás, y

Anás, el grupo de los fariseos, y todos los religiosos de aquel tiempo no les aprovechó de nada encontrarse con el Señor. Ahora bien, los que lograron ver a Dios hecho carne, se quedaron con Él, le siguieron, y tuvieron la dicha de comprender en qué consiste el Evangelio.

Luego, cuando vino el momento de la resurrección, el Señor se siguió mostrando a los discípulos como un Dios-hombre, sólo que ahora con un cuerpo glorificado. Lo que cambió después de la resurrección es que el Señor ya no habitaba en un cuerpo humano mortal, si no que ahora poseía un cuerpo humano inmortal. Entre otras cosas, el Señor siguió apareciéndose a los discípulos con la intención de mostrarles que Él era el mismo de antes, que todo iba a seguir de la misma manera. Dice Mateo 28:8

“Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, v:9 he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. v:10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán”. En este pasaje vemos a estas mujeres abrazando los pies del Señor, tal como María (la hermana de Lázaro) lo había hecho en alguna ocasión durante el ministerio del Señor (*Lucas 11:2*), sólo que ahora lo hacen con el Cristo resucitado.

El Cristo resucitado quería que Sus discípulos no tuvieran duda que Él seguía teniendo un cuerpo de carne y hueso; la diferencia era que ahora Él podía hacerse visible o invisible. La

naturaleza física de nuestro Señor es como el aire, que aunque no lo vemos, lo respiramos; y sin él nos morimos. Dice Juan 20:19 *“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros”*. El Señor quería que los discípulos estuvieran conscientes que aunque ahora Él se podía hacer invisible, seguía teniendo la misma dimensión física con la cual se apareció en Belén, por eso se les aparecía de pronto, y hacía cosas físicas para que no les quedara duda que Él seguía siendo el Verbo hecho carne. Dice Lucas 24:37 *“Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. v:38 Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? v:39*

Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpád, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo". El Señor quería dejarles claro a los discípulos que Él era de carne y hueso. Luego dice Lucas 24:41 *"Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? v:42 Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. v:43 Y él lo tomó, y comió delante de ellos"*. El Señor quería mostrarles que aunque aparecía, y desaparecía, Él seguía siendo el mismo que había estado con ellos, y quería seguir teniendo comunión con ellos. El mismo testimonio recibieron los dos discípulos que iban camino a Emaús, dice Lucas 24:30 *"Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. v:31 Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron;*

mas él se desapareció de su vista". Si el Señor solo hubiera resucitado sólo como un espíritu, como algunos dicen, ¿Por qué no se encontró Su cuerpo en el sepulcro?. Es Obvio que era un cuerpo humano solo que glorificado (*Juan 20:2-9*).

Este principio divino de Emanuel, "Dios con nosotros", debe de resurgir en nuestra fe; esto es algo esencial para nuestro Evangelio. ¿Creemos que este principio sigue vigente?, ¿Podemos mostrar con la Biblia que esta esencialidad de la relación del Dios hecho carne con nosotros, sigue existiendo? Simeón murió en paz al ver al niño Jesús; los magos certificaron que un Rey había nacido cuando hallaron al niño envuelto en pañales; Juan el Bautista certificó su mensaje cuando Jesús se bautizó en el Jordán; los discípulos contemplaron la gloria del

Señor lleno de gracia y de verdad, cuando vieron y tocaron a Cristo; si nosotros no tenemos como probar nuestra comunión con el Hijo, nuestro Evangelio ha fracasado. El Verbo hecho carne es la esencialidad del Evangelio, tenemos que creerlo, tiene que ser nuestra experiencia, de lo contrario sólo tendremos religión. “Dios está con nosotros”, es curioso que en la Biblia esto haya quedado como un “secreto” que nos dejó el Padre, en los cuatro Evangelios sólo un versículo nos dice que el que nació se llamó Emanuel, “Dios con nosotros”. Dios quiso dejar esta verdad a manera de un misterio, para que solo algunos lo detecten y entiendan que el gran principio del Evangelio es que Dios quiso estar con nosotros.

Algunos podrán decir: “Esto no fue un problema para los apóstoles, ni para los

discípulos de aquel tiempo porque ellos pudieron ver físicamente a Cristo”. Pero veamos a otro creyente que mantuvo esta esencialidad del Evangelio, a pesar de que no vivió con el Señor en Su ministerio. Dice 2 Timoteo 4:16 “En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. v:17 Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león”. Pablo nunca siguió al Señor durante Su ministerio, sin embargo, se expresó del Señor como alguien que caminaba con él. Pablo tuvo una comunión cercana con el Señor Jesús. Dice Hechos 18:9 “Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; v:10 porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano

para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad". En esta ocasión Pablo estaba tan atemorizado que el Señor tuvo que consolarlo, y fortalecerlo para que no se callara, y le dijo que (aunque no lo viera) Él estaba a su lado. En otra ocasión, dice *Hechos 23:11* "A la noche siguiente se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma". En este último verso vemos que el Señor mismo se le apareció a Pablo, tal como sucedió después de la resurrección, que Él se aparecía y se desaparecía delante de los discípulos. Esta experiencia como tal, no depende de nosotros, sino de Dios; si Él quiere se nos puede aparecer, pero el hecho de que sea invisible no quiere decir que no camine con nosotros.

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Dice *1 Corintios 1:9* “*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*”. Si el Evangelio no siguiera teniendo el sello de una comunión directa con el Hijo, Dios quedaría debiéndonos a nosotros los que no estuvimos vivos hace dos mil años. El éxito que tuvo el Evangelio en los discípulos del principio fue haber visto a Cristo, haber estado con Él, haber comido con Él, haberlo seguido, pero si esto lo volvemos sólo una experiencia a nivel de nuestro espíritu, nos quedamos cortos ante todo lo que es el Evangelio. La experiencia de Cristo no debe darse sólo a nivel espiritual, sino también a nivel de nuestra alma y de toda nuestra

vida en el plano natural. El Evangelio moderno se ha rebajado de lo que fue originalmente, ya no es lo que nos presenta el Nuevo Testamento; los líderes modernos lo han convertido en religión. Es increíble cómo los líderes han escondido un tema tan claro en la Biblia, cómo es posible que Dios nos ha llamado a tener una amistad, un compañerismo, una comunión, una caminata con Su Hijo, y este mensaje se haya perdido en medio del mundo cristiano. ¿Qué es lo que estamos haciendo mal? Haber abandonado una vida espiritual, y que Cristo ya no sea la manera primordial de vivir. ¿De dónde obtengo yo como apóstol mi energía, la vitalidad, el mensaje que predico? De estar con el Señor, no es que yo sea un gran hombre, sino que he tenido fe y he creído, no en un mensaje, si no en la persona de Jesús. He creído en Aquel

que murió, resucitó y que dijo que estaría con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta es una promesa para la experiencia diaria.

Dice 1 Corintios 2:1 “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. v:2 Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. v:3 Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; v:4 y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, v:5 para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

Pablo no fue a exhibirse a la Iglesia de Corinto, sino fue a hablarles de un Cristo crucificado, de un Evangelio que

no está ligado a las grandes maravillas que puede hacer el Señor, sino a lo que es en sí la persona (del Señor), aun así éste sea el Cristo crucificado. ¿Qué es lo que ha pasado con el Evangelio a lo largo de la historia? Que se ha diluido el mensaje centralizado en la persona del Señor, que ahora es más fácil para los hombres conectarse con las verdades, y no con la Verdad; que es más fácil conectar a la gente con una manera de vivir, que con Aquel que es la Vida. A nosotros nos dieron el dulce privilegio de tener a Cristo morando en nuestro espíritu, para que Él unido a nuestra alma, y a nuestro cuerpo, nuestro vivir sea la misma Vida de Cristo. ¿Para qué habita Cristo en nuestro espíritu?, Para que fluyendo Su Vida en nosotros lleguemos a parecernos a Él, para que no sintamos que estamos solos, para que sepamos que Él nos acompaña a

cada momento, para que Él nos indique lo que debemos hacer en nuestro diario vivir, en fin, para que Él sea nuestro todo. El verdadero Evangelio nos hará buscar a la persona del Señor, mientras que la religión siempre nos inducirá a ir tras los conceptos, huyamos pues de esto último.

Ahora bien, ¿Cómo podemos entrar a una esfera de comunión con el Señor? La forma más especial, es a través de la extensión de la contemplación. Con esto me refiero a llevar la contemplación a la practica, esto es, alcanzar una vida contemplativa. Leamos lo que dice *Juan 7:32* “*Los fariseos oyeron a la gente que murmuraba de él estas cosas; y los principales sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para que le prendiesen. v:33 Entonces Jesús dijo: Todavía un poco de tiempo estaré con*

vosotros, e iré al que me envió. v:34 Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir. v:35 Entonces los judíos dijeron entre sí: ¿Adónde se irá éste, que no le hallemos? ¿Se irá a los dispersos entre los griegos, y enseñará a los griegos? v:36 ¿Qué significa esto que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y a donde yo estaré, vosotros no podréis venir? v:37 En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. v:38 El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”.

La pregunta es: ¿Quién puede adentrarse a la vida contemplativa? Sólo aquellos que estén en comunión con el Hijo. Nadie que no viva al Señor en el secreto puede presumir de vivirlo en su caminata diaria, no se engañe. La Vida de victoria es el producto del fluir

de la vida de Dios, es el excedente de todo lo inherente a la Vida divina que se gesta en el espíritu, y que pasa a la experiencia del alma, y como fruto, usted empieza a percibir al Señor en su caminata diaria. No caiga en la trampa religiosa de imaginar a Cristo, Él no se trata de un producto de la imaginación. Vivir a Cristo es un proceso, es permitir que Él mismo camine con usted en la experiencia de la vida natural, siempre y cuando, el origen de esto sea que usted empiece a vivirlo a Él desde el interior de su ser.

Empiece esta Vida de comunión con el Hijo por donde debe empezar; deje que desde su interior corran ríos de agua viva; a los que no hacen esto el Señor les dijo: *“a donde yo voy ustedes no pueden ir, pero los que quieran venir a mí, crean en mí, y dejen que corra el río en ustedes”*. Esto es algo que lo debemos de recibir por fe. Primero, una vida interior íntima; segundo, una fe interior de creer lo que dice Su palabra. No importa si Él quiere hacerse visible, o si se mantiene Invisible, ¿Qué diferencia hay? ¡Ninguna!, de todos modos, sea que lo vea físicamente, o que Él decida mantenerse Invisible, de todos modos va con usted. Esto se recibe por fe, pero también es un fruto, porque todo esto es el resultado de un amor constante por el Señor. La

S

E

M

A

N

A

—

4

—

clave de todo esto es el Amor, que usted se llegue a enamorar del Señor. La Escritura no es tampoco la Vida eterna, ellas sólo dan testimonio de Él. El amor se produce cuando usted tiene definido al Señor como una persona y decide amarlo.

Leamos los siguientes pasajes:

Juan 14:18 “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. v:19 Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. v:20 En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. v:21 El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. v:22 Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor,

¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? v:23 Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”.

Si usted cree esta palabra tendrá la experiencia de Emanuel, “Dios con nosotros”. Este fue el Evangelio del apóstol Pablo, un hombre que siempre percibió a Jesús en su caminata. Todos los seres humanos tenemos el conflicto de la soledad, ese es uno de los programas emocionales que se gestan desde nuestra infancia. Desde el momento en que salimos del vientre de nuestra madre, y nos cortan el cordón umbilical que nos une a ella, se empiezan a gestar un sin fin de conflictos interiores, de modo que empezamos a padecer los síntomas de la soledad. Indistintamente del grado

que nos veamos afectados, todos nos sentimos con soledad, eso es parte del estado caído de la raza humana. El Señor Jesús quiere darnos sanidad a esos temores en nuestra alma, no con conceptos, sino a través de la experiencia de Su dulce compañía. Es cuestión de desearlo, de amarlo, de estar con fe delante de Él. Igualmente procuremos leer Las Escrituras, no para enamorarnos de la letra si no para enamorarnos de Aquel de quien da testimonio lo escrito. Si lo contemplamos a Él en la intimidad, poco a poco percibiremos como el Señor irá con nosotros como un silencioso compañero, pero que de momentos se hará palpable.

Si usted quiere de verdad servirle al Señor, y ser un instrumento de Él, empiece por estar en intimidad con Él, busque las fuentes de Dios, deje que el

río del Espíritu fluya y lo sacie internamente. Sólo la obra del Espíritu hará que usted se parezca al Señor. Pero sobre todas las cosas, créale al Señor, crea que Él camina con usted, crea que usted no está solo, que Él no lo deja, que aunque usted termine abandonado, el Señor siempre estará a la par suya. Dice *Hechos 2:25* “*Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido*”. Crea que el Señor está con usted, háblele, tenga fe que no solamente esta allá en lo profundo de su ser, si no que está sumamente cerca de sus circunstancias. Crea que Él va delante de usted, que la experiencia que tuvieron los hombres de fe como Moisés, quien se sostuvo como viendo al Invisible, puede ser también su experiencia. Dice David en uno de sus salmos: “*Busqué a Jehová, y él me oyó, y me*

libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; Dichoso el hombre que confía en él” (Salmo 34:4–8). Empiece a buscarlo a través de la contemplación, y se dará cuenta cómo poco a poco usted crecerá por medio de la fe, y se irá extendiendo hasta alcanzar una Vida contemplativa, entonces, el Evangelio se convertirá para usted en la experiencia de la compañía de Jesús.